

mucho gusto la gente de ver desde aquella eminencia México y sus lagunas, y por otro lado grande mortificación, considerando el daño que habia recibido en su desgraciada retirada: á la tristeza que comenzaba á recibir, entró en su lugar la alegría y confianza de que se habian de hacer nuestras armas españolas dueñas de aquella gran ciudad y de todos los tesoros del imperio mexicano: al fin, atravesando por las faldas de los montes, entró Cortés con todo su ejército vispera del año nuevo en la ciudad de Texcoco, que en aquel tiempo era una de las mejores y más hermosas que habia en todas esas partes de Nueva España. Dejemos á Hernán Cortés formando sus preparativos para acometer la ciudad imperial de México, pues conviene volver á tomar el hilo de lo que sucedia de más especial en orden al estado de ambas conquistas, espiritual y temporal, en las Islas Española y Cuba, y será con la conducente brevedad, para recoger el discurso sobre el importante cerco de México que se comenzó á ejecutar el año siguiente de mil quinientos veinte y uno.

---



---

### CAPITULO XXXVII.

---

DIGRESION IMPORTANTE SOBRE LA REBELION DEL CA-  
CIQUE ENRIQUILLO, Y EL ESTADO DE  
LAS ISLAS ESPAÑOLAS GUBA, JAMAICA Y DEMAS:  
AÑO DE 1520.

Léjos de ocasionar tanto perjuicio á la Española las nuevas adquisiciones de los españoles en las Indias Occidentales, como en efecto la causaron tanto daño, parecia, que al contrario, debian contribuir á hacer aquella isla más floreciente, porque ademas de sus propias riquezas, que no se agotaban venia por su situacion á hacerse muy necesaria para la conservacion y utilidad de ese gran cuerpo de Monarquía que se iba formando al rededor de ella, quedando como el centro y el corazon de estas posesiones dispersas, que no podian tener comunicacion entre ellas, sino por

su conducto y mediacion. A más de eso, pudiera esta isla haberse hallado en estado de sostenerse por sí misma, si con la experiencia de lo pasado hubieran querido aprovecharse, atendiendo á la conservacion de sus habitantes naturales; pero pasó adelante la vejacion; y despues que se hubieron reducido á un puñado de isleños las reliquias de un millon de estos, que casi sin resistencia habian recibido el yugo que le impusieron doscientos castellanos no cabales, hizo rostro firme esta poca gente por el espacio de trece años, y aun por poco iba á desterrar de aquella isla nuestra colonia, entónces tan pujante, que tenia grandes villas, buenas fortalezas y abundaba de todo lo necesario para mantenerse en la ofensiva y defensiva. Pasó el caso de esta manera: un mancebo, llamado Valenzuela, que no habia mucho que por la muerte de su padre habia heredado de un repartimiento de indios en la Villa de San Juan de la Maguana, donde estaba avecinado, tenia entre los indios de su servicio á un Cacique que se llamaba Enrique; y como se vió niño en el convento de San Francisco, que hubo en la Villa de Verapaz, en la Provincia de Jaragua, adonde tuyo su reino Behechio, uno de los cinco Reyes de la Española, le quedó el nombre de Enriquillo, y acababa de salir de aquel convento muy bien instruido en el cristianismo

y con una educacion no vulgar. Los padres de Enriquillo habian reinado en una de las Provincias que ocupan las Sierras de Bauruco, distantes de Santo Domingo como unas setenta leguas hácia la costa del Sur; y siendo ya hombre se casó con una india de buen linaje, llamada Doña Mencía, y servia con sus indios al jóven español Valenzuela. Como la difunta Reina Doña Isabel tenia fuertemente encargado, en repetidas providencias, que se diesen á los hijos de los Caciques la mejor educacion y doctrina que fuese posible, entendian con grande esmero los religiosos de Nuestro Padre San Francisco en la buena crianza de aquellos niños principales de la Isla Española, y por muchos años fué su única ocupacion de estos buenos padres. Más queria esta gran Reina, esto es, que despues que se hubiese bien formado el corazon y entendimiento de aquellos jóvenes, se dedicasen al desempeño de varias facultades y empleos, conforme su capacidad y talentos, pero en esto como en otras muchas cosas fué mal servida en sus loables intentos. Los hijos de los Caciques, despues de bien doctrinados en nuestra santa fe, en la lengua castellana y enseñados á leer y escribir, y con su poca de gramática, estaban comprendidos en los repartimientos como los últimos de sus vasallos, y no eran distinguidos de los del comun de indios, sino á veces, porque

los trataban peor que á los demas. El Cacique Enrique era de buen cuerpo, alto y de buen genio: la gravedad de su semblante, sin afectacion y demas modales de que estaba dotado, daban á entender su buena crianza y gran temor de Dios, prendas todas que prevenian á su favor. Sufria con paciencia y lealtad las molestias de su infeliz suerte todo el tiempo que sirvió al padre de Valenzuela; pero este jóven castellano, despues de la muerte de su padre, luego hizo sentir, con los más duros tratamientos á Enriquillo, que tenia un ánimo intolerable, y por cúmulo de males, que le hizo á su Cacique esclavo cuando lo tuvo en su poder, fué tomarle la mujer, y intentar comercio infame con ella: sintió, como era razon, Enriquillo tanta afrenta, y se quejó á su amo, reconveniéndole con sumision, que por qué le hacia tanto agravio: la respuesta, segun apuntan varios autores, fué una vuelta de palos. Como proseguia su vejacion, y peor que ántes, se fué á quejar al teniente gobernador, que era Pedro de Badillo, pidiendo justicia, y léjos este juez de oír sus justas quejas, le amenazó de castigarlo severamente si venia otra vez á quejarse de su amo. Mal despachado en este tribunal, ocurrió á la Real Audiencia de Santo Domingo; y aquellos jueces, sin hacer caso de sus quejas, se contentaron con darle una carta de favor para Badillo, á quien se la pre-

sentó, y este oficial le recibió con mucha aspereza. Valenzuela, luego que supo el riesgo que hubiera corrido si le hubieran hecho á este Cacique la justicia que convenia, le cargó la mano, y lo trató peor y con más crueldad. Estrechado Enriquillo, y sin recursos para el alivio de sus penas, las sufría como podia, callando y disimulando, y trató de superar la paciencia en este mal necesario todo el tiempo que le quedaba de su servicio, porque por las ordenanzas no se podia obligar á los indios á trabajar sino hasta ciertos términos, y se observaban con bastante exactitud por el cuidado de los padres gerónimos que las habian renovado y velaban sobre su puntual ejecucion. Acabado el tiempo de su tarea, Enriquillo se retiró á su tierra con sus indios, á quienes persuadió de venirse con él para eximirse del servicio de los españoles; y con otros que se le agregaron en competente número, se metió en las montañas de Baoruco, que son bien ásperas, determinando, con algunas armas que tuvo la precaucion de solicitar, de esperar con grande tranquilidad que le viniesen á buscar. No estuvo mucho tiempo en las prevenciones de su defensa, porque Valenzuela, que pensó estaria enojado por los agravios referidos y que con su fuga no le habia de enviar sus indios por el tiempo establecido, fué con once hombres á sacarle por fuerza de aquellos montes.

Halló al Cacique bien prevenido de armas, que sin mocion alguna se avanzó un poco á hablarle, y le dijo que bien podia volverse, porque ni él ni sus indios volverian jamás á servirle. Entró en furor Valenzuela, y despreciando á un enemigo que no conocia bien, hizo señas á su gente para acometer y cogerle preso. Enriquillo entónces, á la frente de sus indios, se echó con tal denuedo sobre los españoles, que mataron á dos de ellos, y obligó al mismo Valenzuela y á los demas bien heridos á retirarse precipitadamente. No quiso Enriquillo que los siguiesen, y habló á su amo en estos términos: « Agradeced, Valenzuela, que no os mato, y si sois cuerdo, no volved más acá, y « guardaos. » Sonó inmediatamente por toda la isla que el Cacique Enriquillo se habia alzado; y la Real Audiencia, pensando atajar el daño antes que formase cuerpo la rebelion, proveyó que fuesen unos ochenta hombres en busca de este indio levantado.

Avisado Enriquillo de todos estos preparativos, se fortificó en un bosque más retirado y casi impenetrable, donde le hallaron los soldados, ya rendidos de cansancio y de hambre, por lo que no le fué muy difícil salir á ellos: mató á muchos, y á los más hizo retirar, dejándolos bien heridos; y ni uno de este destacamento hubiera escapado, si despues que los hubo desbaratado los hubiera

seguido. Consiguió Enriquillo grande reputacion en toda la isla con esta accion, que produjo diferentes efectos en los ánimos de los indios y de los españoles: éstos conocieron, no sin admiracion, que tenian que pelear con hombres, y aquellos que sus conquistadores no eran tan invencibles. Gran número de indios, que servian en las habitaciones de los españoles, se huyeron y fueron á agregarse á la tropa de Enriquillo; de modo que en poquisimo tiempo se halló á la cabeza de trescientos hombres, que armó muy bien y disciplinó, haciéndoles hacer el ejercicio segun el método de los europeos, y acostumbrándolos á pelear bien ordenados; de suerte que este jóven Cacique, que no habia sabido en su vida cosa de guerra, industrió tan bien á su tropa como el más experimentado capitán, y se hizo formidable á los ojos de los conquistadores de su patria. Lo que le concilió mucha honra en esta larga guerra, fué el cuidado que tuvo siempre de mantenerse sobre la defensiva, y nunca permitió que los suyos saliesen á cometer depredaciones ni provocasen á los castellanos, y ménos que los maltratasen. Es verdad que no siempre fué puntualmente obedecido, porque su gente, principalmente á los principios, mató á dos ó tres castenos y saqueó algunos campos, pero fué siempre contra su voluntad; y si no impidió ó disimuló

algunos daños, fué porque no le desamparasen; y así se le ha hecho justicia de considerarle como inculpable de los males inevitables que acontecian sin sus órdenes. Siempre que enviaron destacamentos contra él fueron vencidos, y usaba de tanta moderacion en sus victorias, que nunca consintió que se matase á ningun castellano sino en los conflictos forzosos de la guerra y cuando se veía acometido sin poder repeler la fuerza de otra manera, como se vió en cierta ocasion en la cual pudo valerse del rigor de las armas para debilitar á su enemigo, sin que se hubiera podido tenerlo á mal. Habia desbaratado un cuerpo considerable de tropas españolas, haciendo en ellas gran carnicería, y setenta y un soldados se habian escondido en una cueva grande, huyendo del alcance de los indios victoriosos, con la esperanza de escapar de su furor á favor de la noche; pero fueron descubiertos por un trozo de enemigos, quienes, luego que entendieron que allí se habian refugiado, rodearon la cueva y se disponian á quemarlos en ella, tapando la entrada con leña y malezas, cuando se dejó ver Enriquillo, el cual reprendió su barbaridad, y mandó destapar la cueva: les dió libertad, contentándose con quitarles las armas, con las que proveyó á sus soldados; y de este modo utilizó en todos los encuentros que tuvo con sus enemigos

las victorias que alcanzó de ellos: logró insensiblemente tener á toda su gente muy bien armada y diestra en el manejo de las armas españolas, ménos en el de las ballestas, cuyo ejercicio nunca pudieron aprender.

Toda la isla estaba admirada, y los castellanos, que á pesar de haber empleado contra ellos sus perros de presa para domarlos, veían con turbacion y espanto que se sostenian con heroico valor en su rebeldía, y que aun eran vencidos en todas las ocasiones que los iban á combatir. Se hacia increíble que un indio solo, con muy poca gente, tuviese entretenido todo el valor de los españoles y tan desconcertadas todas sus disposiciones para apoderarse de su persona. En efecto, era suma su vigilancia y prevencion para no malograr sus felices sucesos y mantener su pequeña república en un estado ventajoso. Tuvo el cuidado de que se hiciesen chozas y jacales en parajes muy retirados y casi inaccesibles, repartidos en aquellas sierras, para que viviesen los viejos, los enfermos, los niños y las mujeres, que se ocupaban en labrar sus milpas, criar ganados y gallinas para mantener mejor su gente y tenerla salva y segura. Procuraba que no faltasen perros para cuidar de los puercos, siendo infinitos los que habia en los montes; y nunca hacia pié en un lugar, mudando los jacales ya á una

parte ya á otra, de tal suerte, que reinaba la abundancia en medio de aquellos espantosos páramos.

No fué ménos singular la solicitud de Enriquillo para la seguridad de su persona: siempre llevaba cincuenta indios, de los más valientes y escogidos, los cuales nunca se apartaban de su lado cuando salia á campaña, y con ellos acudia luego que se sabia la venida de algun destacamento español. Aunque contaba bastante con la fidelidad de su tropa, previendo que algunos de sus indios podian caer en manos de sus enemigos, y violentados verse obligados á descubrir el paraje donde podia estar, procuraba que ninguno supiese puntualmente dónde lo habian de buscar; de modo que nunca le habian de hallar adonde le dejaban dando órdenes. A más de eso, tenia puestas centinelas en todos los puestos y avenidas de sus jacales y por donde presumia que le podian buscar. No fiándose del todo en la vigilancia de sus guardias, visitaba todos los puntos y acudia á todas partes. Sus vasallos creían que no dormia jamás; y en efecto, dormia muy poco, y nunca en un mismo sitio. Se levantaba á prima noche, siempre andando en lo más apartado de los montes, acompañado de dos mancebos bien armados. Despues de un corto sueño hacia la ronda alrededor de su real y cuar-

teles, y rara vez le veían sin el rosario al cuello ó rezándolo, porque tenia una gran devocion y confianza en la Santísima Virgen, y así era el primero que sentia los enemigos y despertaba su gente. Con la fama de la valentia y buena conducta del Cacicque Enrique, crecia su tropa más y más, y los negros se desertaban á bandadas para servir bajo sus órdenes. El terror de su nombre habia amilanado de tal modo el valor de los españoles y desconcertado toda su política, que nadie queria ir á pelear con él ni con su gente, tan aguerrida y bien disciplinada; bien que se concebía que no podia quedar mucho tiempo Enriquillo sobre la defensiva. Como el terror pánico abulta mucho y hace tan rápidos progresos en el espíritu de los pueblos, ya le parecía á cada cual que veía llevar á todas partes á este formidable Cacicque el espanto y la destruccion, de donde dimanó que se despoblasen muchas villas, que nunca despues se volvieron á restablecer. Comenzó esta rebelion á fines del año próximo pasado de mil quinientos diez y nueve, prosiguió este año de mil quinientos veinte, y duró esta guerra muchos años, gastándose de la real hacienda muchos tesoros, hasta que llegó á tomar en este aprieto la vía de la negociacion, que fué á principios del año de mil quinientos veinte y uno: tenia erogado el real haber cerca

de cuarenta mil ducados. Ofrecióse un santo religioso franciscano, llamado fray Remigio (el que llevó una mision de padres franciscos de la provincia de Picardía á la Española), ir á hablar á Enriquillo, persuadido que habia de atender á su mediacion, por haberle criado y enseñado, y porque habia conocido en él un bello natural acompañado de mucha cristiandad y temor de Dios. No dudaba que ya que habia tanta dificultad en ganarle por fuerza, se rendiria el Cacique á sus razones y le obligaria á dejar las armas, como se le propusiesen condiciones justas y racionales que le asegurasen.

Fué aceptada la oferta de este gran religioso, y bien proveido de plenos poderes, en virtud de los cuales se prometia á Enrique y á todos los indios que le habian seguido, perdon general de todo lo pasado y en lo de adelante que serian exceptuados enteramente de todo trabajo personal, le llevaron en un navío, con órden al piloto de surgir enfrente de la Beata, hácia las montañas de Baoruco (que terminan en la mar), donde se consideraba que Enrique estaba, de dejarle saltar solo en tierra, y apartarse de tal suerte que no se perdiese de vista al padre, y cuando éste avisase, pudiese volverse á embarcar.

Todo se ejecutó puntualmente; y apénas el padre Remigio hubo puesto pié en tierra, cuando

se vió en un instante rodeado de una tropa de indios que vió salir de los montes. Rogóles que le llevasen ante su gefe; y que si no podian hacerlo asi, fuesen á pedirle de su parte el permiso de pasar á verle, cierto de que no se lo negaria luego que le dijese que su maestro el padre Remigio, que le habia tenido de discípulo en la Verapaz, venia á hablarle y á comunicarle unas noticias que le serian agradables. Respondiéronle los indios que no le conocian ni le habian visto; que su Cacique no necesitaba de su visita; que desde luego venia por mandato de los españoles á espíarlos; que él debia ser espía y queria tal vez engañarlos, como lo hacian los demás españoles; y en fin, que la única gracia que podian hacerle era no matarle, como merecia un traidor. Y diciendo esto, le desnudaron de sus pobres hábitos y le dejaron en paños menores, y bien atribulado, á la orilla de la mar. Por fortuna de él, Enrique no estaba léjos de allí; y luego que supo que aquel padre deseaba verle, se fué hácia él para impedir que su gente cometiese alguna violencia contra una persona á quien tanto estimaba y veneraba. Se conolió mucho del lastimoso estado en que le habian dejado los indios y le dijo que le perdonase y no estuviese enojado, porque habian obrado sus indios contra su voluntad, y estuvo Enriquillo algun tiempo sin po-

der contener las lágrimas. El padre, viéndole en tan buena disposición, quiso aprovecharse de ella para comprometer al Cacique á hacer la paz, y le suplicó encarecidamente que fuese amigo de los castellanos, ofreciéndole de parte de éstos que seria muy bien tratado en lo sucesivo. Procuró, en los términos más patéticos y eficaces, persuadirle de las conveniencias del establecimiento de la paz.

No se manifestó insensible Enriquillo á estas razones, conmoviéndole el afecto del padre, y le respondió: que ninguna cosa deseaba más que la paz, pudiendo los españoles hacer cesar la guerra con solo dejar de perseguirle; porque él habia tomado el partido de defenderse, únicamente por librarse de sus vejaciones, sin pensar hacer mal á nadie; que aunque podia vengar la muerte de su padre y abuelo, á quienes habian quemado vivos con otros señores del reino de Jaragua, y los daños y agravios que á él mismo le habian hecho, nunca desistiría de la resolución que tenia de no hacer daño á nadie, sino mantenerse en sus montes para defender su vida contra los que intentasen contra ella ó su libertad; que en esto solo usaba de su derecho, y que viendo que sin fundamento alguno á él y á sus vasallos los querian mantener en continua servidumbre, en la que habian de perecer como todos sus antepa-

sados, seria el más imprudente de los hombres si se fiaba en la palabra de unos forasteros que no les habian guardado ninguna consideracion; y finalmente, que procuraria conservarse en la buena enseñanza que él le habia dado, sin creer responsable al cristianismo de las violencias y tropelías de la mayor parte de los que le profesaban: en sustancia, que no queria ya ver á ningún español ni tratar con él. El padre Remigio replicó é hizo cuantos esfuerzos pudo para ganarle; pero no obstante que le oyó con mucho respeto y atencion Enriquillo, no pudo conseguir nada el santo religioso, y al fin le suplicó que mandase que le devolviesen su hábito. El Cacique, sintiendo vivamente el que sus indios le hubiesen destrozado y repartidose entre sí los despojos, no teniendo otro que darle, se excusó como pudo y le condujo hasta la playa del mar: le volvió á dar un abrazo con mucha ternura; le besó la mano, y llorando se despidió, tomando el camino de sus montes de Baoruco; tanto más resuelto á defenderse bien, cuanto que conoció el miedo que ya le tenian los españoles. Los marineros del navío, que estaban á la vista barloventeando, cubrieron al padre con sus capas y le pusieron á bordo, dirigiendo el navío su rumbo para Santo Domingo.

Súpose poco despues que Badillo, por cuya